

aunque también sirva para tal público. Ojalá tenga este manual la difusión que merece en su esfuerzo por dotar la enseñanza del quechua de una base científica sólida y de amplias posibilidades de aplicación didáctica.

Diccionario mochica - castellano.
José Antonio Salas, Lima: Universidad de San Martín de Porres, 2002, 254 pp. Prefacio de Julio Calvo Pérez.

El mochica o muchik es una lengua extinta. Se la hablaba en la zona de Trujillo (norte del Perú) hasta principios del siglo XX. Incluso se hablan hecho unas grabaciones que desaparecieron; quizás reposen en algún archivo y puedan ser recuperadas. Afortunadamente han subsistido algunas fuentes escritas, tanto gramaticales como lexicográficas. El joven lexicógrafo J. A. Salas ha emprendido el ímprobo trabajo de recopilar las segundas, y el resultado es el presente diccionario que las agrupa de dos maneras: por una parte, en un diccionario unificado para ambas direcciones: mochica –castellano y castellano– mochica; por otra parte, reproduce cada uno de los breves glosarios empleados en su recopilación.

Estos glosarios son todos los existentes, tanto nacionales como

extranjeros, comenzando por el de Fernando de la Carrera, de 1644, que también escribió una gramática de la misma lengua (*Arte de la lengua yunga*). El famosísimo Martínez Compañón, obispo de Trujillo y recopilador voraz de todo lo que observó en el largo recorrido por su diócesis, incluyendo partituras musicales, también nos ha dejado un glosario de finales del XVIII. Del XIX son las listas de igualmente famoso etnógrafo alemán Adolf Bastian (1878) y del pionero múltiple, también tudesco, Ernst Middendorf (1892). Otro alemán, el arqueólogo Hans Heinrich Brüning, fundador de un museo de Lambayeque (el más insigne de la zona hasta la creación del de las Tumbas de Sipán, alojado en la misma ciudad), fallecido en 1928, extravió un cuaderno de apuntes entre los papeles del peruano Jorge Zevallos Quiñones, alumno suyo de violín (!), quien lo halló decenios después y publicó el vocabulario mochica de su maestro en 1987, poco antes de fallecer él mismo. De 1921 es el libro *La lengua yunga o mochica*, del peruano Federico Villarreal, que contiene dos listas de vocabulario. Hay una lista del peruano Rafael Quesquén, publicada en 1953 por Konrad Huber y en 1965, de una copia (no sin cierto descuido en la transcripción), por el norteamericano Paul Kosok (el redescubridor

de las líneas de Nazca); Quesquén vivía en el pueblo de Eten, donde algunos ancianos todavía hablaban mochica. Finalmente figura un glosario en el tomo II (1940) de la clásica obra *Los mochicas*, de Rafael Larco Hoyle, hijo de Rafael Larco Herrera (fundador del afamado museo privado limeño del mismo nombre, que atesora sobre todo cerámica norperuana, muy especialmente de la cultura mochica y de su sucesora la chimú).

Todo esto combina con éxito Salas, agregando una enjundiosa introducción de más de 40 páginas donde explica los principios aplicados en su trabajo de síntesis; su exposición lujosamente minuciosa y exacta revela uno de los dos requisitos (el otro es el la capacidad lingüística) propio de todo auténtico lexicógrafo: la aptitud para hacer trabajo paciente, acumulativo y sumamente detallado. Los glosarios parciales de los autores mencionados van también precedidos por comentarios críticos de Salas.

El cadete Vargas Llosa. La historia oculta tras *La ciudad y los perros*, Sergio Vilela Galván, Santiago de Chile: Planeta, 2003, 229 pp. Prólogo de Albert Fuguet.

Vilela es un periodista limeño, nacido en 1979. El entrecruza-

miento de su profesión y su amor por la literatura ha dado como resultado esta *opera prima* con informaciones novedosas. Para quienes no ignoran el principio estructuralista de que el valor de la obra es independiente de sus lazos con la realidad, pero al mismo tiempo no están dispuestos a ignorar el trasfondo histórico de las obras amadas, este librito de construcción clara y fácil lectura será un enriquecimiento. El valor documental del texto resulta incrementado por las 16 fotos que incluye; lamentablemente es difícil apreciarlas en la edición chilena, donde aparecen imprimidas en el mismo papel reciclado que se usó para el texto (páginas 127-132); quiera la suerte que aparezcan en mejor papel en otra edición.

La novedad de las informaciones es relativa, en el sentido de que numerosas entrevistas con el escritor, así como publicaciones de otros testigos de la época, nos habían familiarizado ya con la trama real básica (el mal carácter del padre de aquellas crueldades del «bautizo» de los cadetes, etc.). Y el mismo Vargas Llosa amplió el panorama al publicar su primer tomo de memorias: *El pez en el agua*, 1993. Sin embargo, bien sabemos (y si no lo sabíamos lo podemos leer en otro texto del gran escritor, *Historia secreta de una novela*, 1971) que los escritores mienten tanto o más que los

políticos, porque en vez de desnudar su alma la encubren. También Vilela entrevistó numerosas veces a Vargas Llosa (cuenta en páginas 83-96 la odisea que fue su búsqueda hasta lograr la primera entrevista) en busca de verdades encubiertas, y entrevistó asimismo a todos los testigos que halló, peregrinando además (como dice el elegante prologuista chileno) a los lugares sagrados en que transcurre la acción ya casi mítica del mundo narrado.

La cosecha no es nada despreciable. Vargas Llosa, por ejemplo sostiene en una de las entrevistas con Vilela que se trompeó varias veces en el colegio, pero ninguno de sus ex compañeros recuerda haberlo visto pelear jamás (p. 67). Está muy difundida la historia de que los militares leoncioprados quemaron en una hoguera varios ejemplares de *La ciudad y los perros*, pero Vilela no encontró ni una sola persona que le confirmara esto (p. 72). El novelista afirma también que más de una vez se quedó castigado en el Leoncio Prado, sin poder salir un fin de semana, por haber cometido infracciones; uno de sus discípulos, sin embargo, dice que a Varguitas nunca lo castigaron, pero que a veces no salía los fines de semana por problemas familiares (página 135). Un dato adicional interesante es que, en la primera versión de la novela, el Poeta y el Esclavo eran

un solo personaje (p. 171); esto significa que el Esclavo tiene al menos algo de autobiográfico (p. 58). Pero el Esclavo también se basó en parte en otra persona distinta del escritor: un muchacho que se fue a vivir a los EE.UU. (Vilela lo entrevistó telefónicamente sin fruto) y no conserva casi ninguna relación con su patria (páginas 179 y 183-186). Sobre el modelo del Jaguar se dan también datos concretos (páginas 178 ss). Entre las fotos arriba mencionadas hay una del Jaguar (que ya falleció) y otra del Esclavo en su época de cadetes.

En resumen: después de los entrevistadores y los autógrafos vendrán alguna vez los biógrafos, y estos seguramente encontrarán provechosa esta pesquisa realizada con fervor y escrita con vocación testimonial.

Wunder antiker Technik: Automaten, Orgeln, Uhren, Wasserspiele (CD-ROM), Rita Amedick et al. Stuttgart: Konrad Theiss Verlag (Col. «Geschichtesmomente»), 2003.

Esta hermosa obrita digital explica y visualiza «prodigios de la técnica antigua», como dice el título. Está dirigida a un público amplio y no pretende, por tanto, sustituir las obras científicas so-